

*Se recomienda activar este texto en una lectura en voz alta cuando se cumplen 25 años, como lo hizo la artista la primera vez en su habitación, en la ciudad moho de Xalapa, Veracruz, el 7 de septiembre de 2021 a las 00:00 am.*

Puede verse el registro de este vocal festejo de cumpleaños visitando:  
[https://www.instagram.com/tv/CTgjHpnJZxI/?utm\\_source=ig\\_web\\_copy\\_link](https://www.instagram.com/tv/CTgjHpnJZxI/?utm_source=ig_web_copy_link)

## Desde este sin lugar digo “refugio” y me creo

Cumplir 25 años en una casa-mundo destinado al colapso inminente se puede ver de mil maneras, pero hoy se ve así. Se ve como una mujer más o menos entera y más que menos confundida sentada en el suelo, sola, leyendo algo que escribió porque sentía que tenía mucho que dar a cambio de todo lo que se le ha dado pero la verdad es que no tiene mucho y entonces da esto. El mundo va a implosionar pronto, lo sabemos; lo que da roña es que no se decide en darnos fecha: lanza un comunicado tras otro, avisando que falta poco, avisando que solo empaquen lo esencial, avisando que ya podemos ir tomando riesgos sin miedo a las consecuencias porque las consecuencias van a ser las mismas de todas formas... que nos podemos hacer un tatuaje cuando menos cuestionable o casarnos con alguien cuando menos mediocre o estudiar un posgrado certeramente inútil: da igual. El mundo tambaleante nos tiene en una segunda llamada eterna. Segunda llamada, segunda. Y la pinche obra no empieza, y ya nos acabamos los cacahuates y ya nos están sudando las manos y la cita que trajimos al teatro ya se está empezando a arrepentir de haberse ligado a una artistilla.

Cumplir 25 años en una casa-mundo que no nos quiere, en realidad, aquí. Y entonces ha hecho todo esto de “estar aquí” bastante incómodo. Qué incómodo, qué incómodo todo, qué incómoda me siento siempre que hablo de mí. Qué incómodo despertarse siendo una: una y otra y otra vez. Qué incómoda es mi voz cuando tengo miedo, mucho miedo, de lo que pueda decirse de mí por lo que digo. Tan incómodo que me quiero quitar todo, me quiero quitar la piel, me quiero quitar las pestañas, me quiero desprender de mi hígado y dejar los fémures en el buró. 25 años de sudor y dicha y mugre: de pronto lo siento todo a la vez y quisiera dejar este texto a la mitad para bañarme con una karcher y ácido muriático. Cumplir 25 años en un lavado de autos pidiéndole a alguien que esta vez sí me cheque los niveles de agua y aceite, para variar, y la presión de las llantas y me venda el aditivo para el tanque. Sí le permito mi cofre, don, sí le permito mi cofre y mis intestinos y el diagnóstico de la terapeuta y mi app de notas y mis fantasías antes de dormir, hoy le permito todo. Chéqueme entera, estoy segura de que, desde hace un rato, algo debe estar desajustado, oxidado, mal puesto, flojo, vacío, robado y a la venta en algún taller de autopartes. Qué incómodo.

La totalidad de lo que he escrito recientemente puede archivar en la misma carpeta literaria, titulada, “*todo está mal y por lo tanto todo lo que logro y toda la alegría que me permito sentir parece un milagro y entonces vivo oscilando entre la categórica desesperanza y la euforia descarriada y estoy consecuentemente exhausta de correr de un extremo a otro*”. Esta lectura de cumpleaños que me regalo no podría ser distinta. Seguimos en el proyecto, pues, seguimos con la línea: con la construcción de este lenguaje del sentirse un puto superhéroe de la cotidianidad aplastante; el vocabulario del

acontecimiento microscópico, intracelular; la narrativa de las batallas épicas de los mails no asertivos sino llanamente violentos, la de la catástrofe en horario laboral y las resistencias del desayuno y del placer y del tiempo libre. La métrica y las rimas de las cervicales entumidas. Sé que se queda muy muy corto en la escala de las grandes hazañas de los veintitantos, pero por ahora me declaro incapaz de otro tipo de revuelta menos inservible. Es esto lo que puedo sostener, es esto lo que puedo decir sin morderme la lengua y manchar de sangre palabras sin compromiso; solo estas promesas puedo firmar con tinta azul en el margen derecho, nada más que esto.

El último año lo he vivido en uno de esos cenotes del Caribe en los que hay que bajar como tres pisos de escaleras para llegar al agua: y una baja y baja tan hipnotizada por alcanzar el fondo turquesa que no se ha dado cuenta que se va quedando sin oxígeno. Y así, enamorada, te avientas de clavado al agua helada. Y caes, y te sumerges, y tu cuerpo entra en shock y se paraliza... intentando asimilar porqué de golpe estamos flotando y rodeadas de frío. La parálisis del no entender dura mucho más de lo que debería y entonces entra la hipoxia y el pánico; intentas nadar hacia la superficie que se siente en otro huso horario y sientes que no llegas... sientes que no llegas porque además te metiste con todo y zapatos como una imbécil, zapatos que ahora se sienten de plomo o enredados en algún alga asesina que no piensa soltarte. Juras que ahí quedaste, que te vas a morir como princesa maya en un rarísimo y posmoderno auto sacrificio accidental; rodeada, para acabarla de chingar, de tu familia campante a la que además le vas a arruinar las vacaciones, porque: ¿a quién se le ocurre?, ¿a quién se le ocurre morir en un cenote lleno de turistas gringos por no saber resistirse a un tono de azul?, por no entender que una cosa es escribir sobre los cuerpos de agua y otra muy distinta es tener las habilidades acuáticas para encarnar lo que se escribe, por amar sin credenciales, por no saber arrojar con gracia y mucho menos caer. Y justo cuando has aceptado este destino, cuando has hecho las paces con los encabezados de los periódicos locales, cuando has aceptado esta muerte ridícula en la que por lo menos te vas a ver muy linda y muy bronceada en tu ataúd... rompes la tensión superficial del agua y tomas aire. Tomas aire como si el mundo te volviera a parir. Y abres los ojos como platos solo para darte cuenta de que nadie te estaba poniendo atención y entonces tienes que fingir que no pasó nada, que hasta hace 0.3 segundos no estabas pensando ya en cuáles habrían sido tus últimas palabras o tu último tuit que es casi lo mismo. Toses un poco quizás, y te ríes para ocultar la crisis. Y tu mamá te pregunta: “¿todo bien?” Y tú le contestas “sí, es que está fría”. Pero tu corazón no se detiene, tu corazón va desbocado... porque, como nos enteramos al inicio de este enorme párrafo, tres pisos bajo tierra no hay aire. Y entonces de plano te tienes que sentar en una piedra, tiritando con el bikini chueco y los labios morados. Te tienes que sentar a que tus pulmones entiendan que eso es todo lo que van a recibir... que con eso se tienen que reponer. El último año lo he vivido en uno de esos cenotes del Caribe en los que hay que bajar como tres

pisos de escaleras para llegar al agua. En uno de esos cenotes en los que tuviste que simular tu cuasi-muerte de película barata con una risa y una sola tos. Un año sin aire, y después de un gran susto, mejor todo con calma, mejor todo despacito y cerca de la orilla y al borde del llanto. Cumplir 25 años en un cenote lleno de murciélagos y rodeada de una multitud a la que jamás se le hubiera ocurrido que ese salto no fue consciente y que con ese primer respiro estabas reclamando tu vida: con zapatos como una imbécil.

El último año ha sido un congreso de dolores intraducibles. Un congreso de más de 500 días en el que la humanidad entera se ha reunido a experimentar su propio dolor en todo el espectro posible de heridas, de intensidades, de ritmos... en la no-intimidad de sus 4 tristes paredes de gotelé (paréntesis: con las paredes no se está en intimidad, levanto moción para que soltemos ya esa frase tan tonta; en intimidad se está con compañía, querida, encerrada en 4 paredes se está sola y punto). Y cada tanto, a lo largo de este encierro surrealista remasterizado con todas las erres redobladas del horror, se nos pide que demos nuestra ponencia, que podamos explicar en 30 minutos considerando el tiempo para preguntas del público, todo el imposible mosaico de mierda que hemos mapeado con el arrastre de nuestros pies: se espera que quepa en un ¿cómo has estado?, en un ¿cómo vas?, lo inasible. No sé ni por donde empezar, es que ustedes no entenderían, imposible si quiera bocetar esta tragedia... es que no, no, nadie nunca se ha sentido así, es que nadie nunca ha dolido así. Y así nos va, en nuestro congreso - torre de babel, repleto de sujetos con dolores improbables e incompatibles que se saludan con torpeza y se dan palmaditas cariñosas en la espalda, pero con la certeza absoluta de que no hay víctima más víctima que ellos, que yo.

No tengo intérprete para explicarles, soy mi única mediadora y eso solo en momentos de calma; en ratitos más o menos lúcidos como en el que me encuentro ahora mismo mientras escribo, instantes en los que sí puedo ponerme entre la yo-rabiosa que se comunica en alaridos y la yo-espectadora que no logra hacer sentido de tremendo espectáculo. A veces, como ahora, puedo nombrar; puedo apuntar con el dedo el estómago de yo-rabiosa y explicarle diplomáticamente a los demás: aquí duele por las deudas y por lo caro que sale reparar la gotera del patio; acá arde porque el ex escribió, y nos contó que se la ha estado pasando de maravilla luciendo por la calle todo el cariño y toda la paciencia que tú misma le tejiste y que ahora ya no eres capaz de tejer para ti aunque tu vida dependiera de ello y no te queda más que mirarlo pavonearse mientras tú te mueres de frío; acá punza porque a abuelo se le hacen ya unos huecos tan grandes en sus clavículas que podrían ser dos perfectos nidos de pájaros, y tu bien sabes que los pájaros solo anidan en lugares que ya no se mueven; acá quema porque no ves el día en que vas a poder pagarte la renta con tus textos y tus diagramas y tus clases cursis... acá pica porque tu trabajo no solo no vende, sino que en realidad no quieres que venda porque odias vender. Y así, aunque a veces logras hacer

una lista de todos los síntomas, ni en los días más sensatos encuentras como entrelazarlos en un cuadro clínico entendible, lógico, real; y sabes que la gente que más amas, tampoco tiene en su repertorio el idioma que necesitan para hacer el suyo. Te hubiera gustado estudiar para intérprete, te hubiera gustado saber cómo llegar a alguien; cómo acortar las distancias interoceánicas entre tus experiencias y las suyas; te hubiera gustado saber qué decir por lo menos una vez. El último año ha sido un congreso de dolores intraducibles y tú más que monolingüe te sientes analfabeta.

Pero hay peros, como siempre, hay gloriosos peros y descansos y excepciones y días en los que hasta los azulejos del baño te chiflan cuando te desvistes en la mañana. Porque sí el cenote sin aire y sí el simposio de desvalidos, pero también el año de la transparencia. Oficialmente me pelé como cebolla; me volví traslúcida y me quedé sin sombra; frente al espejo, sin lograr ver nada más que una sugerencia de persona... contemplé mi nueva corporalidad – ventana por semanas enteras. Dejé de decirme tantas mentiras, dejé de tratarme como mi propia madre estricta que me exige rendirle cuentas de dónde estaba y con quién, dejé de esperarme despierta. Con la luz prendida, me detuve a observar líneas de ideas nuevas y manchas de piensos diversos sobre el cuerpo cristalino. Líneas y manchas que no solo no estaban en la cabeza, sino que pa' pronto no estaban allí hasta hace algunos días... y ahora me permito ver cómo recorren otros renglones y laten y pulsan desde sus extrañas localidades pidiendo ser notados y leídos en voz alta:

**Línea de idea del vientre al esternón:** *me encantaría ser madre algún día.*  
**Mancha intensa de pienso en la planta de los pies:** *migrar ya no es una opción sino un requisito para seguir cuerda y no volverse una estatua de jardín.*  
**Línea de idea que comienza detrás de la rodilla subiendo titubeante por toda la pierna hasta terminar en el isquion:** *no puedo esperar a nadie ya; yo no camino, yo troto y si alguien me quiere acompañar al Oxxo o a la eternidad, tendrá que trotar también o buscarse unos patines.*  
**Manchas chiquititas, pecas de pienso en los labios y en el cuello:** *me hubiera gustado mucho besar a la mujer adinerada y entaconada que nos prestó su casa para el simulacro del INE, que no me permitió poner atención en el protocolo del cuento de votos por mirarla con encanto preguntar estupideces; que me urge -*  
**línea de idea que recorren los nudillos de la mano izquierda -** *hablando de votos, que se acabe este país lo antes posible con todo el drama y los estragos necesarios, que se acabe la frontera y el futbol y la cámara de diputados y cualquier resto de cualquier civilización que haya existido sobre este planeta, como todos, nada nuevo; que me urge -*  
**línea de idea que rodea a la cintura 3 veces -** *aprender a disfrutar el sentirme indeseable, estorbosa, mal vestida, equivocada.*

Porque sí el cenote sin aire y sí el seminario de adoloridos, pero también el año de pedir ayuda, de decir basta, y hasta aquí; de re-habitar mi habitación de la adolescencia; de pasar tanto tiempo pensando en la vulnerabilidad de lo humano que se apoderaba de mí un deseo ansioso de mutar en cualquier otra cosa que no pudiera enfermarse, ni morir; un deseo tan infantil como poético de protegerse desde la transformación, desde el volverse irreconocible para el supuesto enemigo: qué ganas de ser lombriz, escalera, ciruela, aguacero. Sin querer, explorando en lo amorfo, un modo inédito de interactuar con el afuera que es ya para mí casi incomprensible y que en algún momento tendré que tomar el valor de volver a esculpir.

Cumplir 25 años en una casa-mundo destinado al colapso inminente se puede ver de mil maneras, pero hoy se ve como un agradecimiento, también. Estoy agradecida con mis metros cuadrados, con el balcón desde el que vi todo pasar, estoy agradecida con mi cama, con Jacinta la planta y con la cafetera. Estoy agradecida con los amigos y mi madre y mi hermano que me cargaron hasta aquí, hasta hoy, hasta ahora... en sus espaldas, aún cuando ellas mismas no podían sostenerse y tenían que inventar mecanismos, prótesis, camillas, soportes, poleas para no dejarme caer.

Y estoy agradecida, muy agradecida, con abuelo, que hace unos meses soltó sus clavículas y el resto para volverse no solo un nido sino un pájaro de verdad. Estoy en deuda para siempre contigo. Porque cuidarte fue lo que más me ha enseñado de mí y de la vida y de la muerte y de todo lo que está a la mitad, y si pude cuidarte a ti puedo cuidarme a mí misma también. Ningún ciclo se abre ni se cierra hoy, no me funcionan los ciclos ya. Alfredo pájaro me mostró que las despedidas no existen, que no hay ciclos sino espirales, solo espirales que no se cierran nunca, solo crecen, a veces se repiten, a veces retroceden, a veces el espiral se vuelve tornado y amaneces en Kansas. Y yo puedo cumplir 25 años cuando se me dé la gana y des-cumplirlos también. Alfredo no está aquí ahora pero mañana tal vez; no me aferro a él con la memoria ya; lo dejo irse, si eso es lo que quiere. Con mucho terror, me rasco la frente hasta hacerme un hueco y voy dejando salir el timbre de su voz, el olor de su ropa; pueden reclamarme esta crueldad todo lo que quieran; pero es que es así, solo así mientras me permito aflojar el recuerdo y retraer las garras que sostienen su imagen, es que puedo descansar y después de mucho tiempo quitarme el letrero de la cara que leía "soy alguien que ha perdido a alguien y no sabe a dónde ir". Estoy dispuesta a pagar mi libertad con su viva imagen, si eso me garantiza que seré otra vez un cuerpo que ama y no un rencor andante, un reclamo vivo. No son ciclos, ni Alfredo ni yo somos ciclos, no empezamos y no terminamos en ninguna parte, somos un desparrame, somos una extensión entre una cosa y otra y desde ese sin-lugar digo refugio y me creo.

Cumplir 25 años en una casa-mundo destinado al colapso inminente se puede ver de mil maneras, pero hoy se ve como un par de conclusiones con las que me siento bastante satisfecha:

- 1) Tengo mucho miedo y me siento muy insegura de todo; y en esa fragilidad irremediable, en esa flaqueza de carácter, en esa diminutez, ya no hay nada que no pueda hacer: tengo mucho miedo y entonces lo puedo casi todo. Porque me da miedo equivocarme, pero me da más miedo la parálisis y el aburrimiento y los miércoles que se vuelven infinitos.
- 2) Desconozco la vergüenza: la exorcizo de mi cuerpo, ¿muchos esfuerzos se hacen para luego apenarse por ello? No. La vergüenza no cabe en el refri atascado de sobras de pastel, no cabe en el librero ni en las cajas de la mudanzas que no han sido, pero serán; no tengo tiempo ya, no me alcanza la quincena para pagarla.
- 3) Tengo muchas ganas de sobrevivir, tengo unas ganas desmedidas, insultantes, vulgares de seguir aquí, de pararme de la cama, de nadar hacia la superficie aún sabiendo que no habrá oxígeno esperándome, de cumplir 26, 27, 28, 29, 30, 55, 73, 92, de ser tan vieja que mis nietas me miren con esa angustia en la que yo me revolcaba, al verme cada vez más parecida a una corteza de roble.

El mundo se acaba, pero el desenlace no llega y en lo que se organizan yo estaré aquí, justo aquí. Montando mi propia puesta en escena en lo que dura la segunda llamada del fin de los tiempos. El mundo se acaba diario, pero yo no me acabo con él. Y no me reconcilio y no perdono y no me adapto y no dejo de bailar, aunque ya no haya piso ni techo ni pies, y no me permito quedarme ya donde no se me procura con la ternura de las yemas de los dedos más tímidas de la ciudad. Me mando al taller, me mando a lavar, me mando al carajo cuando es necesario, me mando a dar mantenimiento para aflojar la lengua que de por sí anda ya en el desquicie absoluto. Me mando a ajustar la incomodidad hasta sentirme absurda y entonces me siento bien. Me cuido porque cuidé a Alfredo, me cuido porque mis amigas me cuidaron.

Cumplo 25 años en una casa-mundo que no nos quiere, en realidad, aquí... y entonces me regalo nada más y nada menos que dignidad.

**Dignidad,  
miedo que potencia,  
sinvergüenza  
y necesidad.**